



LAS ESCAPATORIAS DE ADELA

Adelita! ¡Adela!

—Ha salido, abuelo.

—¡Ha salido! ¡Conque me han dejado solo contigo, Julieta?

—Aquí está Niní, que juega con el perro, y Martina, que arregla la comida—respondió Julieta.

Esta conversación tenía lugar en la azotea de una casita de campo, entre el señor barón de San Andrés, viejo octogenario, ciego y caballero de San Luis, condecorado por la misma mano de Luis XVI, y dos niños de poca edad.

—Julieta—repitió el anciano después de un momento de silencio,—¿no te ha dicho nada tu hermana cuando se ha ido?

—Sí, abuelo—respondió Julieta;—me ha dicho: «Cuida que Niní no enfade al abuelo, y si quiere pasear por el jardín dale tú la mano, y ve poco á poco, y separa del camino las piedras que puedan lastimarle los pies, porque no ve el pobre abuelo, y Dios le ha dado á sus nietos para cuidarle, obedecerle y hacer cuanto quiera...» ¡Oh! yo sé todo esto de memoria, abuelo, porque Adela me lo repite tres veces todos los días, siempre que sale...

—¡Cómo siempre que sale! ¿Sale acaso muchas veces?—preguntó el barón de San Andrés, cuya frente venerable se arrugó por una penosa idea...

—Tres veces cada día—respondió Julieta con aquel sentimiento de pueril orgullo que le infundía la importancia que se daba á sus palabras.

—¡Tres veces al día!—repitió el anciano.

—Bien claro lo digo—replicó Julieta enfadada;—tres veces al día: una por la mañana, de siete á nueve, mientras está usted en la cama; otra de doce á una, á estas horas; y la tercera vez de tres á cinco, cuando usted duerme la siesta. Ya ve usted que son tres veces al día. ¿No sé yo acaso contar?

—¿Qué hora es?—interrumpió bruscamente el anciano, sin duda para hallar falsas las palabras de su nieta.

—La una dada, abuelo—contestó Julieta.—Ahora vuelve Adela; oigo que cierra la puerta de la calle y que habla con el perrito de Niní.

Adela llegaba en aquel momento, muy encarnada, como quien acaba de hacer una larga carrera. Era una esbelta y hermosa joven, rubia y modesta; notábase en sus facciones un velo de tristeza que parecía eclipsar la flor de su juventud; en la palidez de su frente leíase un sentimiento profundo que la dominaba al parecer.

—¡Adela!—dijo el anciano, con una voz tan severa que la joven se turbó,—¿en dónde estás?—y alargando la mano, encontró la de Adela, que se había adelantado hacia él, la tomó entre las suyas, y al fin, exclamó:—Estás agitada, conmovida, tiembblas... ¿de dónde vienes?

La joven no respondió.

No obteniendo respuesta, el barón de San Andrés continuó, y esta vez notábase en el pausado y triste acento con que pronunciaba cada una de sus palabras, una profunda pena.



—En 1834 hallábame viudo, Adela, y de mi numerosa familia no me quedaba más que mi pobre hija Enriqueta, madre tuya; tu padre, herido en Waterlóo, y por lo mismo inválido, y tú, que tenías entonces doce años... Adela—añadió el anciano con fuerza,—por todas mis crueles angustias pasadas y recientes siempre, por mis canas... dime... ¿de dónde vienes...? ¿dónde vas tres veces al día...?

—Padre mío—dijo Adela,—no tengo más que dieciséis años, es verdad; pero la desgracia ha pasado por mi frente joven aún y ya triste y arrugada... Hace tres años que mi madre murió y tengo siempre delante de los ojos aquel triste suceso como si hubiese acontecido ayer; aún oigo su voz apagada reanimarse un momento, para decirme: «Adela, te dejo á mis dos hijas, sé su madre, y á mi padre, otro ser confiado á ti; guía á las primeras en la carrera de la vida, muéstrales las espaldas y peligros; oculta al segundo todo cuanto pueda afligirle.» Salgo tres veces al día y esto le atormenta á usted; pero sin considerar que soy madre de familia, ama de casa... y aún más, la que sirve á todos ustedes. ¿No pueden mis deberes tenerme fuera de casa tres veces al día? Tenga usted fe en la hija de su Enriqueta, mi buen abuelo... crea usted en ella.

—Esto es todo lo que deseo y lo que codicia mi corazón, hija mía... Bien, bien, ahora ya has vuelto; hoy no volverás á salir, ¿no es verdad...? ¿No respondes, Adela?

Adela permaneció un buen rato en pie apoyada en la pared de la azotea que daba á la carretera, ya examinando con inquietud la frente arrugada y angustiosa de su abuelo, ya siguiendo con tierna solicitud los graciosos movimientos de Julieta que estaba jugando con la muñeca, y los aún más infantiles de Niní que jugaba con el perro, al cual agasajaba ofreciéndole y retirándole, al mismo tiempo, su tostada de pan con manteca. Después hizo á los niños una seña de despedida y discreción, y se deslizó ligeramente fuera del bosquecillo

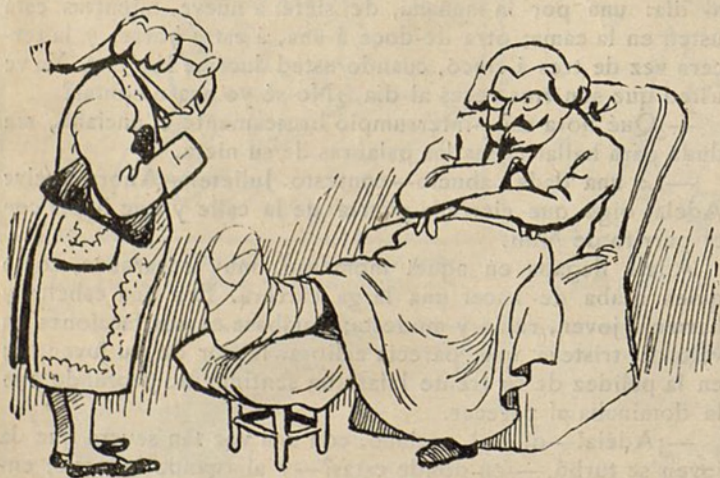
(Continuará.)



AVENTURAS POR MAR Y POR TIERRA DEL BARON DE MUNCHAUSEN

DE CÓMO EL BARON MEZCLABA LA CAZA Y LA AGRICULTURA

Sin duda, á consecuencia de un otoño lluvioso, contraí la dolencia de un reuma gotoso, que acibaró bastante mi existencia. Estuve más de un mes casi baldado y, como es natural, muy disgustado, pues á más de dolores espantosos, sufría, para colmo de pesares, de ver entorpecidos *mis andares*, que, salva la modestia, son garbosos. El doctor, que era un médico notable,



aunque algo impresionable, y aun algo susceptible, solía molestarse con frecuencia cuando yo demostraba mi impaciencia por curarme y salir.—Aún no es posible—me decía amoscado;— en casita encerrado... Pero insistí yo tanto en mi deseo,

que, al fin, un día... me mandó á paseo. Débil, convaleciente, no podía pensar en aventuras y á paseo me fui tranquilamente sólo por respirar las auras puras Pero, en vez de muleta para apoyarme, usaba la escopeta. Estaba por el bosque paseando bastante distraído, contemplando cón o volaba un cuervo,



cuando oigo ruido, miro y veo un ciervo. ¡Canario!, dije yo, ¡vaya una guasa! ¡Tener las municiones en mi casa y no poder cazar tan linda pieza! El lance es insufrible; pero, al fin, como nada hay imposible cuando á mí se me pone en la cabeza, hallé un medio seguro de salir en el acto del apuro. Había á mi derecha un arbolito lleno de guindas frescas y encarnadas, incitando con ello mi apetito. Cogí tan sólo seis; fueron contadas, porque en nada me gustan los excesos; y al arrojar los huesos, exclamé, con gran flemma: ¡Esta es la solución de mi problema! Siempre por los bolsillos tengo restos de pólvora, y cargando el arma, y empleando los huesos en lugar de perdigones, conseguí improvisar las municiones Apunté, disparé, cayó la pieza; á los pocos instantes, tan vivo y tan ligero como antes, el ciervo echó á correr por la maleza.

..... Pasaron varios meses, cuando un día, mientras por la floresta paseaba, un árbol observé que se movía, y ya retrocedía, ya avanzaba Me chocó, francamente el árbol removiente, y, al fin, llegó un momento en que vi que era el ciervo corpulento





MILÁN GALERIA DE VÍCTOR MANUEL De la capital de la Lombardía, importante ciudad italiana que cuenta 414.550 habitantes, publicamos la Galería de Víctor Manuel, pasaje cubierto de cristales entre la plaza del Duomo y la de la Scala, ocupado por lujosos comercios y decorado con 24 estatuas de italianos ilustres. Nuestro grabado representa el octógono central de dicha galería.

áquella hermosa pieza
á quien *sembré* los huesos en la frente;
y entonces comprendí perfectamente,
por qué un árbol tenía en la cabeza.
No le quise matar porque durara
una casta tan rara.
El ciervo que se llama, según creo,
el *guindus garrafalis*, de Linneo

C.



EL TEATRO DE LOS NIÑOS

LA MAÑA Y LA FUERZA

COMEDIA EN DOS ACTOS

ESCRITA POR LA CONDESA DE SEGUR

(Continuación.)

DOÑA AMALIA. Lo más que puedo hacer en tu obsequio es irme á mi cuarto y dejarte con tus primas para que ellas hagan lo que mejor les parezca.
(Sale DOÑA AMALIA. MATILDE y CLEMENCIA esconden á BEATRIZ bajo la mesa y queda oculta con el largo tapete. Oyese la voz de DOÑA SEVERA, y MATILDE y CLEMENCIA se ponen á trabajar de repente.)

ESCENA III

DICHOS, DOÑA SEVERA

DOÑA SEVERA. ¿Estáis solas? ¿No hay nadie más que vosotras?
CLEMENCIA. Doña Amalia ha ido á su cuarto.
DOÑA SEVERA. Según veo, no se trabaja mucho en su ausencia.
CLEMENCIA. ¡Ay! ¿Por qué dice usted eso?
DOÑA SEVERA. ¿Por qué? ¿por qué? ¿Pues por nada! Porque Matilde está estudiando con el libro al revés, y tú estás escribiendo con lápiz palabras escritas con tinta. (MATILDE vuelve el libro y CLEMENCIA toma la pluma.) ¡Qué cara tenéis! ¡Caras de culpables! Vea usted lo que se consigue con mirar á las criaturas.
MATILDE. Mamá y doña Amalia no tienen por qué arrepentirse de la educación que nos dan; por tanto, señora, puede usted dispensarse del trabajo de quejarse de ello delante de nosotras.
DOÑA SEVERA. ¡Muy bonita educación! ¡Preciosa! ¡Ay! si corriera por mi cuenta, otra cosa sería.
MATILDE. Ya lo creo... otra cosa; porque seríamos desgraciadas en vez de ser felices.
CLEMENCIA. Y malas y perezosas, como son Luisa y Beatriz.
BEATRIZ. (Debajo de la mesa.) ¡No es verdad! Yo no soy mala cuando no está mi tía en casa.
D.^a SEVERA. ¿Qué escucho? Salga usted de su escondite, niña, y venga usted conmigo.
(Mientras que DOÑA SEVERA habla, BEATRIZ sale a



Gente Menuda

gatas por el lado opuesto, y se escapa por la puerta entreabierta que se supone da al jardín. DOÑA SEVERA espera algunos instantes, y viendo que BEATRIZ no se presenta, levanta el tapiz, y no viendo a nadie debajo, manifiesta una gran sorpresa.)

DOÑA SEVERA. ¿Qué es esto? Estaba aquí hace un instante: estoy segura de haberla oído. Matilde, Clemencia, ¿dónde está mi sobrina? Responedme en seguida; yo lo mando.

MATILDE. (Riendo.) No puedo decirlo, señora, porque no lo sé.

DOÑA SEVERA. ¿Pero qué ha sucedido? ¿Qué es de ella?

CLEMENCIA. (Riendo.) Aseguro á usted... que no sabemos nada. Búsquela usted, á ver si parece.

DOÑA SEVERA. (Muy enfadada.) ¡Está muy bien, señoritas! ¡Está muy bien! Yo sé lo que tengo que hacer. Ya parecerá y llevará su merecido. (Sale majestuosamente.)

ESCENA IV

MATILDE, CLEMENCIA.

MATILDE. Pero ¿por dónde ha escapado?

CLEMENCIA. No lo comprendo; mientras miraba yo á doña Severa, ha debido salir...

MATILDE. ¿Habrá marchado por la puerta del jardín?

CLEMENCIA. Creo que no: la hubiese visto doña Severa.

MATILDE. Luisa sí que me da lástima; encerrada en el cuarto oscuro, con ese terrible cinturón que tanto mortifica. Voy á tratar de librarla; espérame, vuelvo al instante.

ESCENA V

MATILDE.

¡Pobre Luisa y pobre Beatriz! ¡Qué tormento tienen con su tía doña Severa desde que no está su mamá. Es triste que su mamá y la nuestra estén en los baños. Si hubieran sabido cómo iban á tratar á las niñas, no las hubiesen dejado con ella. Fortuna ha sido para nosotras que mamá haya encargado de nuestra educación á doña Amalia. Es tan buena, tan cariñosa, tan justa, que no se puede ser con ella ni traviesa ni perezosa.

ESCENA VI

MATILDE, CLEMENCIA, LUISA (asustada).

CLEMENCIA. Matilde, ayúdame á quitar este pícaro cinturón á esta infeliz. ¡De prisa! no vaya á venir doña Severa.

MATILDE. Dame las tijeras para cortar las cintas. Ya está. Ocultemos ahora á Luisa, y sobre todo esta máquina diabólica. ¿Dónde la ponemos?

CLEMENCIA. Tirémosla por la ventana.

MATILDE. La encontrarían... Espera, aquí en la chimenea, y esta tarde la criada la llevará adonde no vuelva á aparecer.

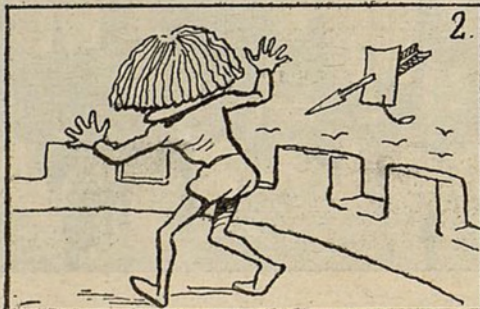
LUISA. ¡Ay, gracias, mis queridas primas! ¡Qué felicidad verme libre de esta máquina que tanto daño hace en la espalda y en la barba! Pero... mi tía tiene otra... Si pudieseis esconderla también..

(Continuará.)

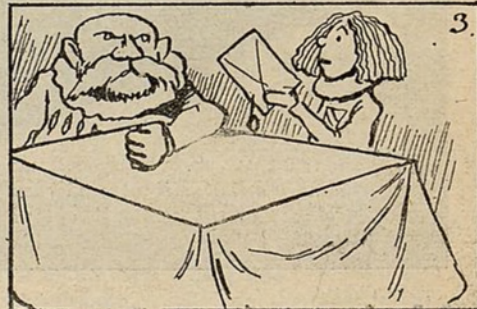
EL PAJE DEL CONDE DON MENDO



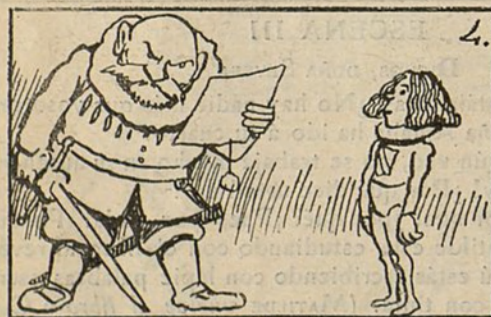
1. Galaor era el pajecillo de confianza del muy poderoso señor D. Mendo Méndez de Mendoza.



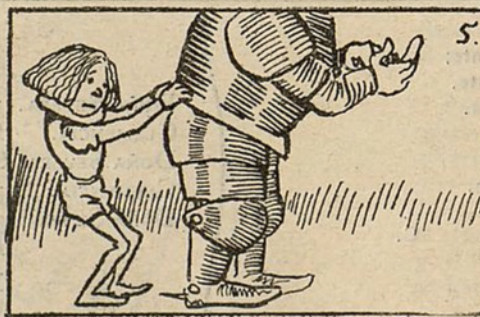
2. Una tarde, en la plataforma de la torre del Homenaje, vió venir una flecha con un pliego.



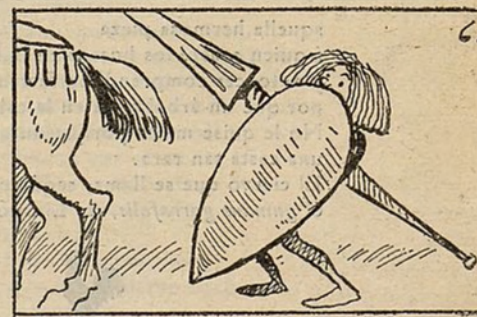
3. Sin perder momento llevó al conde D. Mendo el mensaje que había venido volando.



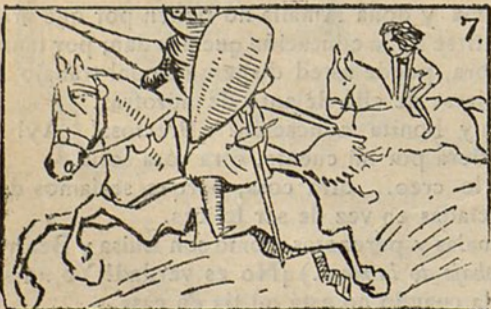
4. Leerlo el conde y desenvainar la tizona, todo fué uno. Galaor comprendió que se trataba de un reto.



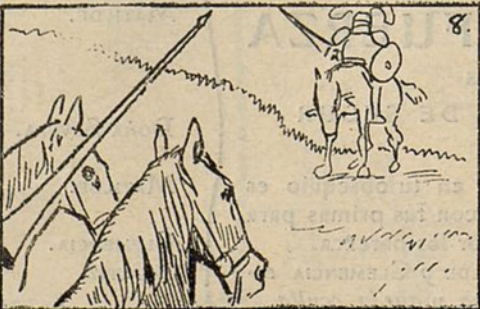
5. Ayudó á armarse de todas armas al noble conde, que se disponía á vengar la afrenta.



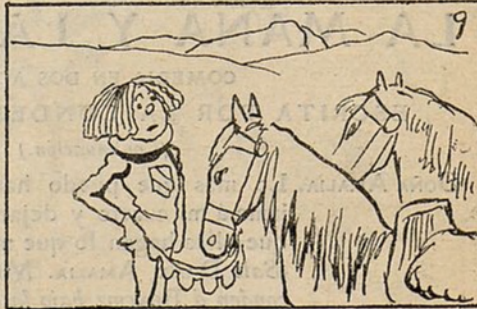
6. Embrazó el escudo y tomó la lanza de su señor, que pesaban horribilmente, y esperó junto al corcel.



7. —¡A caballo!—gritó el conde, y amo y escudero salieron galopando por montes y valles.



8. En el confín de sus dominios aguardaba ya el contrario, armado de punta en blanco.



9. Galaor quedó al cuidado de los nobles brutos, mientras los otros nobles se rompían los cascos. (Continuará.)